

Hay varias formas de multiculturalismo, que pueden reducirse a dos: la formada por distintos grupos étnicos y la formada por grupos marginales. Los grupos étnicos que viven en un territorio común suelen integrarse en un sistema político también común, pero piden que algunas leyes se modifiquen para ser más acordes con las diferencias culturales. Entre los grupos que se sienten marginados, sin ser inmigrantes ni constituir minorías étnicas, encontramos, según los casos, a las mujeres, a los discapacitados, a los ancianos, a los homosexuales, etc.

Las actitudes más frecuentes ante el multiculturalismo son el etnocentrismo, el relativismo cultural y el universalismo intercultural. El etnocentrismo toma la propia cultura como criterio exclusivo para valorar las restantes. Esa exclusividad supone falta de comprensión y radicalización del sentimiento de pertenencia al propio grupo, que hace a sus miembros sentirse superiores a los demás. El etnocentrista puede adoptar una actitud xenófoba (odio al extranjero), racista o chovinista (patriotismo fanático). Pero la posición más extendida es la aversión y el desprecio hacia el pobre (aporofobia), según lo explica Adela Cortina:

Es el pobre (el *áporos*) el que molesta, más que el extranjero (el *xenos*). El extranjero rico es siempre bienvenido: se abren las puertas al árabe rebosante de petrodólares, al judío comerciante, al gitano impuesto en la «jet». Y las mismas puertas se cierran al gitano que vende papelines en barrios marginales, a la dominicana empleada del hogar (...). El Mediterráneo es, desde Sócrates al menos, un lugar de diálogo, porque los mares acostumbran a valorar lo diferente y lo semejante del que viene de la otra orilla. El primer tema de ese diálogo ha de ser hoy cómo incorporar al «áporos», al necesitado, al disfrute de lo que por nacimiento le corresponde, al disfrute de una vida material y culturalmente digna.

3. Relativismo cultural

TODAS LAS culturas no son iguales, pero una exigencia fundamental del pensamiento relativista es afirmar que sí lo son, en el sentido de que todas valen lo mismo: la danza massai y el ballet ruso, el tambor ancestral y el violín de Vivaldi, los dibujos primitivos y los de Durero. El relativismo cultural, que arraiga en algunas democracias donde conviven fuertes minorías étnicas, propone juzgar las culturas diferentes desde sus propios valores, y recomienda tolerancia frente a lo diferente. Tal actitud supone un gran avance frente al etnocentrismo, pero muestra grandes limitaciones, pues no promueve el diálogo entre las culturas y no es capaz de eludir el racismo.

En su ensayo *Gigantes y enanos*, Allan Bloom, profesor de Filosofía política en la Universidad de Chicago, ilustra este problema con el famoso caso Rushdie, el autor de *Versos satánicos*. El libro, publicado en 1988, fue tomado como un insulto al credo musulmán y provocó la orden del Ayatollah Jomeini de dar muerte a Salman Rushdie, en Inglaterra o en cualquier lugar donde se encontrara. Como es lógico, se levantó un gran revuelo en todo el mundo occidental y los escritores se precipitaron ante las cámaras de televisión para denunciar este flagrante ataque al inviolable principio de la libertad de

expresión. Lo curioso es que la mayor parte de esos mismos escritores habían estado declarando durante muchos años que debemos respetar la integridad de otras culturas, y que es arrogante etnocentrismo juzgarlas conforme a nuestros criterios.

A favor del relativismo cultural, la historia nos habla de la vanidad del pasado y de sus monarquías, imperios, oligarquías, aristocracias y teocracias. Pero Heródoto, en el siglo V a. C., ya fue consciente de esa heterogeneidad, y razonó en sentido contrario: pensó que la diversidad de culturas era una invitación a considerar qué había de bueno y de malo en cada una, y qué se podía aprender de ellas.

Ante la diversidad de opiniones, lo lógico sería examinarlas y sopesarlas. Porque las opiniones se apoyan sobre razones, no se sostienen en el vacío. Es evidente que toda cultura es relativa. Por eso, si un hombre desea ser plenamente humano, no puede conformarse con su cultura. Esto es lo que Platón nos quiere decir en la alegoría de la caverna, donde nos representa como prisioneros. Toda cultura es en cierto modo una caverna, pero uno no deja de ser cavernícola al amparo de otras culturas: simplemente cambia de caverna. La auténtica salida pasa por la lectura esencial de la realidad. Los historiadores griegos consideraban que la historia era útil porque conocía los descubrimientos que pueblos pasados habían realizado sobre la naturaleza humana. La libertad intelectual permitía a los griegos buscar lo esencial por medio de la razón. Hoy, dice Bloom, en amplios sectores culturales de Occidente, esa libertad significa aceptarlo todo y negar el poder de la razón.

El relativismo cultural crea un serio problema: hace a cada persona y a cada grupo humano prisioneros de su propia cultura, sin posibilidad de trascenderla y alcanzar una perspectiva transcultural. Así resulta imposible la crítica justa y, en último extremo, no cabe posibilidad de emitir un juicio moral sobre la esclavitud y el racismo, ni sobre la discriminación sexual, la marginación de minorías, el fundamentalismo o las dictaduras políticas.

Sin embargo, es un hecho que existen valores transculturales con validez universal. La propia naturaleza humana –como hemos visto– manifiesta unas necesidades y exigencias que deben ser atendidas en todo tiempo y lugar. La historia de la ética enseña que épocas y culturas muy diferentes coinciden en valoraciones fundamentales. Las encontramos en las virtudes propuestas por Grecia, Roma y el cristianismo, en los Derechos Humanos proclamados por la ONU en 1948, en los Diez Mandamientos de la ley mosaica, en las obligaciones que los egipcios recogen en el *Libro de los Muertos*, en las leyes de los antiguos códigos legislativos y las constituciones modernas, en los diversos códigos deontológicos, en las exigencias morales propuestas por personajes con proyección universal, desde Confucio hasta Gandhi, y en la sorprendente unanimidad de los sabios consejos maternos.

La coincidencia de estas formulaciones tiene su explicación. Hay rasgos de la vida humana que son necesarios y casi inevitables en cualquier sociedad, y su presencia impone criterios valorativos a los que no se puede escapar. Se trata de formas básicas de

verdad y de justicia imprescindibles en todo grupo humano. Al mismo tiempo, no parece posible prescindir de cualidades como la amistad, la valentía o la veracidad, por la simple razón de que el horizonte vital de los que ignorasen tales cualidades se restringiría hasta lo insoportable. El gran reto de las sociedades multiculturales es, por tanto, superar el relativismo y lograr una integración real.

4. Cultura y belleza

DESDE LA aparición del hombre, una fuente inagotable de creación cultural es el encuentro con la belleza. De ella dijo Stendhal que es una promesa de felicidad. Quizá por eso el ser humano siente que está hecho para ella. No solo para el alimento, el trabajo, el descanso, el conocimiento o el lenguaje. También y muy principalmente para la belleza. Ésa debe de ser la razón de que nunca nos cansemos de admirar la primavera y el otoño, ni de contemplar la *Vista de Delft* o la *Piedad* de Miguel Ángel, ni de escuchar *La flauta mágica* o a Paul McCartney cantando *Hey, Jude*. Por estar hechos para la belleza buscamos, siempre y sobre todo, el amor. Su llamada no es una urgencia fisiológica, ni tiene valor biológico de supervivencia, pero es inequívoca y constante, y está estrechamente relacionada con la aspiración humana a la plenitud.

Sentir, pensar y plasmar la belleza –eso es la experiencia estética– tiene un alto valor antropológico, pues nos enseña y nos hace mejores. Platón decía que el alma humana, a través del amor a la belleza, se eleva desde sus carencias e imperfecciones hasta la plenitud de la verdad y del bien: por eso la belleza y el amor serán los objetos primeros del filosofar. Sócrates, su indiscutible maestro, no dudó en llamar hermosa a la conducta humana buena. Así, de la unión de los adjetivos *kalon* (hermoso) y *agathon* (bueno), surge en Grecia el sustantivo *kalokagathía*: un término de difícil traducción, que identifica los conceptos de lo bello y lo bueno para definir el ideal de conducta, lo que los griegos entienden por excelencia humana. Si el placer cumple los deseos básicos de comida, bebida, cobijo, comodidad o amor, la bondad de una conducta no cumple ninguna de esas funciones, pero se nos impone racionalmente: no tenemos más remedio que aceptar que la vida humana resulta más digna cuando cualquiera de nosotros hace lo que es debido y trata a los demás como personas, no como instrumentos manipulables.

El término *estética* lo empleó por primera vez Baumgarten, en el siglo XVIII, con el significado de «teoría de la sensibilidad», conforme a su etimología griega (*aisthesis*, sensación). Sin haber llevado ese nombre, la estética existe desde la antigüedad como una reflexión sobre el arte y la belleza, mezclada con la reflexión filosófica y moral, la historia del arte y la crítica literaria. Su estudio se aborda desde diferentes ángulos justamente porque la belleza presenta varias caras. De hecho, se predica de forma análoga de lo